



¿QUE HEMOS HECHO EN VENEZUELA

CON

“EL PROGRESO DE LOS PUEBLOS”?

LUIS UGALDE

SILENCIO

Tal vez una respuesta verdadera sería: “enterrarlo”. Murió al nacer, sin pena ni gloria. Pero por muy verdadera que pueda ser esta respuesta es perfectamente inútil, pues no aclara nada. Cuando ocurre un hecho así hay que indagar las causas.

Si se fuera a responder en términos todavía bastante convencionales dentro de la institución indicaríamos que la causa es la falta de obediencia al Papa y por tanto el remedio estaría en el incremento de la misma. Visto el problema mecánicamente una respuesta así es también verdadera, aunque probablemente no ayuda a comprender nada. Dentro del tratamiento de obediencia-desobediencia que a veces se da en la Iglesia de Venezuela a ciertos problemas tendríamos que hablar de una rebeldía contra las directrices papales. Tendríamos que referirnos a una desobediencia sistemática al Papa que iría desde el palacio de la nunciatura hasta la cofradía del Santísimo. Cualquier observador externo que leyera el documento pontificio y observara la vida e inquietudes de nuestros clérigos y fieles concluiría sin lugar a dudas que los creyentes católicos no han tomado en serio esta encíclica. Más aún verificaría que los responsables jerárquicos en general no han hecho gran cosa para que la reflexión sobre la justicia y el desarrollo que hace el Papa, sea considerada por la mayoría de los creyentes como algo pertinente a su fe. Por el contrario la mayoría de los creyentes y la mayoría de sus obispos y sacerdotes están de acuerdo en denunciar el pensamiento papal como “marxismo recocado” siempre que lo encuentren en el pensamiento y en

la acción de algún cristiano que no sea el Papa. Es decir, su pensamiento espontáneo está más cerca de Wall Street que del Santo Padre, cuando de justicia social se trata. Soy consciente de la gravedad de las afirmaciones precedentes, pero cuanto más trate de corregirla, más casos, pruebas y evidencias vienen a la mente.

Por muy verdadera que sea esta realidad, nada hemos avanzado en la comprensión de las razones por las cuales la “Populorum Progressio” en la mayoría de la Iglesia venezolana ha caído en el vacío o ha sido rápidamente enterrada. Si en el conjunto de la Jerarquía no se han visto actuaciones acordes a ella, si la Nunciatura más bien se ha mostrado preocupada por aspectos contradictorios con ella y hasta donde estamos enterados, nunca ha urgido su aplicación, algunas razones de fondo deben existir que den cuenta de esta situación. La denuncia de hechos o su condenación en términos de obediencia y rebeldía de nuevo nos deja sin comprender mayor cosa y corremos el peligro de ser injustos y simplistas.

Y PASO DE LARGO...

Habría que buscar las causas en las características de nuestro catolicismo, de sus integrantes y de sus pastores, en la coyuntura que está viviendo, en la situación y coyuntura de Venezuela en los últimos años, etc. Seguramente un acercamiento así al problema nos llevaría a encontrar más vitalidad de lo que a primera vista parece e incluso más cambios de los que puede advertir una mirada superficial.

Naturalmente aquí entramos en el terreno de las interpretaciones. Terreno además poco explorado y transitado. Vivimos en una Iglesia que teme autocom-

prenderse. Por eso apenas se podrá contribuir con algunos atisbos, intuiciones, hipótesis que seguramente tendrán más valor por lo que provocan que por lo que en sí mismos llevan de explicación. Me aventuro a hacerlo con la convicción de que la primera urgencia que tenemos en la Iglesia venezolana es la apertura de un ámbito de reflexión pública, de discusión, de opinión que sea muy libre, responsable y pluralista. Pienso que en esta urgencia cada uno —persona o institución— debe asumir con toda seriedad su tarea cristiana y atenerse a las consecuencias tanto de su atrevimiento, como de su pecado de omisión. Desde luego una comunidad de creyentes donde nadie reflexiona en voz alta y en común sobre su quehacer evangélico, tiene algún complejo o algún trauma paralizante.

En estos diez años han ocurrido, sin que hayan sido objeto de reflexión, cosas tan significativas como estas: Desaparición casi total del Movimiento Universitario Católico, y del Movimiento Estudiantil Católico en secundaria. Pase a la semiclandestinidad eclesial de la Juventud Obrera Católica. Eliminación sin pena ni gloria (ni previa información de algunas personas implicadas) de la Comisión Venezolana de Justicia y Paz, creada a petición del Papa justamente como órgano especializado para impulsar la justicia nacional e internacional (Ausencia de Comisión de Defensa de Derechos Humanos). Creo que sin ofender a nadie se puede afirmar que los movimientos de laicos adultos que todavía tienen cierto vigor y cobertura nacional como los Cursos de Cristiandad, la Renovación Carismática o la Legión de María no se caracterizan (con la salvedad de personas y equipos particula-

res) por una reflexión y acción sistemáticas en la línea de la "Populorum Progressio". Menos aún responden a la invitación que hiciera el Papa a las iglesias nacionales y a las comunidades cuatro años después. En la "Octogésima Adveniens" Pablo VI, ante la imposibilidad de una respuesta única para situaciones tan diversas, señala: "A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se considere de urgente necesidad en cada caso" (1) (Carta apostólica de Pablo VI con ocasión de cumplirse 80 años de la primera encíclica social "Rerum Novarum" No. 3).

Igual desinterés ha prevalecido en relación con las reflexiones que se conocen como "Documentos de Medellín".

Incluso se puede afirmar que en la espiritualidad de tales movimientos sólo como algo lateral puede tener entrada este tipo de preocupación social. Algo distinto sería afirmar la existencia de numerosas personas y grupos con viva preocupación social.

Lo que a uno le llama más la atención es que mientras ocurrían estos hechos tan graves, de las reuniones episcopales sólo trascendían al público las noticias de que la discusión sobre comunión de pie o de rodillas ocupaba un tiempo y un lugar inexplicables o que en el centro de la preocupación pastoral de alguna que otra diócesis figuraba la salvaguarda de algunas discutibles rúbricas en la liturgia, el uso del velo por las mujeres, el hábito de las monjas o el desaliento sistemático de toda renovación teológica por sospechosa de herejía. Aún en el caso de que algunas de esas preocupaciones fueran legítimas ¿pueden compararse con el dramático llamamiento hecho por Pablo VI a las conciencias cristianas?

Estos y otros síntomas han llevado a algunos a afirmar con desaliento que nuestra Iglesia es la más retrógrada. Y que aquí no se puede hacer nada por avanzar hacia una comunidad de creyentes con libertad evangélica que defiendan con coraje al hermano herido y maltrecho en esta sociedad y contribuyan a la construcción de una sociedad más justa.

Me encuentro entre los que no comparten este pesimismo ni aceptan esta fatalidad. Por eso quisiera buscar algunas causas explicativas y al mismo tiempo exponer algunos signos de esperanza que encontramos cada día en esta Iglesia.

POSIBLES CAUSAS.

Una primera condición para comprender la última década de la Iglesia venezolana es la aceptación de que cada Iglesia nacional (naturalmente teológicamente una con la Iglesia universal) tiene su propia historia y sus propias coyunturas y exigencias de crecimiento distintas de otras iglesias e incluso en contradic-

ción con ellas. Veamos algunas de esas coyunturas:

La paz democrática.

Creo que para un católico venezolano, modernizado pero sin dejar de ser tradicional, la década 1967-1977 es la más reconfortante de los 150 años de vida republicana. "Nunca en Venezuela hemos estado mejor". Por primera vez en este siglo tenemos una década de gran prosperidad económica, de ausencia de grandes conflictos políticos, de convivencia democrático-liberal. Pese a episodios esporádicos de algún que otro preso, se vive la reconciliación nacional por la indulgencia del gobierno con los guerrilleros. Se turnan los partidos en el gobierno. Así piensa el bienpensante católico al igual que el "buen ciudadano".

Reconciliación Iglesia-Estado.

Ve con gran alivio el alejarse de las dictaduras militares y la derrota del peligro castrista y tiene todavía algo que lo reconforta más. La definitiva reconciliación de la Iglesia y el Estado. Para la Iglesia Venezolana ha sido un trauma tremendo la cadena de enfrentamientos y malentendidos con el Estado que la hicieron sentirse perseguida, arrinconada y desprestigiada. Esta situación de más de un siglo la condicionó para valorar extraordinariamente cualquier tregua, gesto de acercamiento y reconocimiento por parte de los Gobiernos. Por eso cuando llega el tan deseado "Modus Vivendi" y la reconciliación y reconocimiento por parte de aquellos partidos considerados como anticlericales, la Jerarquía respira. Ha llegado a la tan ansiada meta de la reconciliación y colaboración mutua. Sin duda alguna en esta década los gobiernos han honrado a los representantes de la Iglesia, los han ensalzado y colocado en sitial de honor. Incluso tienden a excederse en los homenajes.

El triunfo de la democracia cristiana.

En este orden de realidades hay un tercer elemento: la llegada de COPEI al poder. Es perfectamente comprensible que entre los constructores políticos de la nueva Venezuela (la que nace de las entrañas del gomecismo), fuera COPEI la que atrajera las simpatías de la mayoría de los agentes de pastoral católica. En una época en que todos los otros eran vistos como anticlericales (más o menos benévolos más o menos agresivos) COPEI aparecía como expresión de la moderna presencia católica en política, guiado por hombres de pertenencia católica y de convicciones indudables. COPEI nunca se ha definido como partido confesional y su paso por el gobierno fue consecuente con esta precisión. En contra de lo que afirmaban sus detractores no hizo un gobierno clerical, ni supuso ningún privilegio para la Iglesia. Sin embargo el triunfo de COPEI fue vivido por muchos sectores católicos como el triunfo de la Iglesia. No en un sentido mezquino de ventajismo, sino como coronación de un esfuerzo, como orgullo de

una fe que se propuso producir hombres modernos, abiertos que sintetizaran la fe y el quehacer público.

En este sentido podemos decir que para los hombres de la Iglesia más cercanos a la Jerarquía y a la institución, el Concilio Vaticano II, la encíclica Populorum Progressio y los Documentos de Medellín que marcan un gran cambio en las proclamaciones escritas del episcopado latinoamericano, llegaron en el momento menos oportuno. En un primer momento se aceptaba su inofensiva modernidad. Pero tomadas como guías de acción amenazaban ser aguafiestas de una celebración tras un siglo largo de espera. Eran documentos de los que la Iglesia podía enorgullecerse, pero no tratar de aplicarlos hoy y aquí. Por eso para muchos hombres de la Jerarquía tenía pleno sentido el "se acata, pero no se cumple" tradicional. Estaba bien "Medellín", pero eso no era para Venezuela, sino para países más pobres y con gobiernos dictatoriales. Lo mismo se diga de los otros documentos mencionados. Añádase a esto que el arreglo Iglesia-Estado no se hizo a regañadientes. Los que por parte de AD lo protagonizaron lo celebraron con verdadero alivio. Descubrieron el valor social de una Iglesia acorde con el Estado y con el gobierno. Se dieron la mano el horror de AD a un conflicto con la Iglesia y la aspiración de la Jerarquía de salir de lo que consideraban consecuencias del antiguo conflicto.

Es comprensible pues que la misma Iglesia que había desarrollado un fuerte dinamismo socio-político en la primera mitad de los años sesenta con los Cursos de Formación Social, Palestra, IVAC, Fe y Alegría, Desarrollo de la Comunidad, Caritas, etc. viera morir o languidecer muchas de esas actividades. El peligro del triunfo comunista, que en buena parte los estimuló, había pasado en la Universidad, en los barrios, los campos.

El formular las cosas así tiene un grave defecto y es que da la impresión de que todo hubiera sido un frío cálculo maquiavélico ausente de principios. Si bien esto pudo haberse dado en algunos casos y pudo haber sido visto así por colaboradores desde fuera de la Iglesia, desde dentro se vivió el trabajo con una mística y un idealismo envidiables. Subjetivamente era un progresismo e incluso un revolucionarismo para lograr mantener el sistema social vigente.

Por eso cuando a nivel de Iglesia mundial y latinoamericana se da esa hermosa eclosión en la que el pacto con el Estado no tiene sentido sino la identificación de la Iglesia con los pueblos; en que la Jerarquía como exclusiva realidad de la Iglesia (a ser tomada en cuenta por los poderes sociales) da paso al "pueblo de Dios" como Iglesia, en que la fresca reavivación del espíritu evangélico brota como norma orientadora frente al Derecho Canónico que rige la vida de la "sociedad perfecta" que sería la Iglesia, en Venezuela (como caso particular, no exclusivo) hay una verdadera dificultad por entender y vivir este proceso. Podríamos afirmar

que se intuye como disfuncional para el momento que viven los estrategas pastorales.

Todavía hoy muchos prelados y diplomáticos de la Iglesia consideran pura impertinencia e insensatez todo cuestionamiento social en Venezuela donde tanto el gobierno como los ricos tienen la mejor voluntad para ayudar a la Iglesia.

Así mismo se hará sentir el hecho de que los sectores más cultivados de la Iglesia pertenecen socialmente a sectores ascendentes y triunfantes en la actual realidad social. El cambio social que devolviera el poder y la riqueza a la mayoría venezolana, es visto por ellos como pérdida. Si a este interés social se añade el hecho de su mentalidad y formación cívica, filosófica y teológica, es bastante natural que los enfoques desde otra óptica social, los brotes de identificación popular y de contestación radicalizada fueran rechazados y reprimidos como infiltración marxista o algo parecido.

SIGNOS DE ESPERANZA.

Si terminara el artículo con sólo lo dicho hasta aquí ofrecería una imagen poco fiel de lo que es actualmente la vida de la Iglesia venezolana y su aporte para una sociedad justa. En la última década Venezuela no ha sonado por sus brillantes teólogos, por algunos obispos más arriesgados, por grupos organizados de izquierda eclesial. Es cierto. Sin embargo ha habido un desplazamiento real de fuerzas hacia el trabajo popular con una inserción cada vez más madura y una actividad que fructificará a largo plazo. Hoy esta presencia es real en muchos ambientes. Afortunadamente parece haber pasado el primer momento más llamativo donde todo el énfasis se pone en la denuncia, en la actitud contestataria, en una radicalidad que tiene más valor moral que fuerza duradera y constructiva. Es el momento de la pureza del testimonio y del martirio. Es el momento en que se queman los hombres. Considero afortunadamente superado este momento porque en él se agotan excelentes voluntades y quedan las cenizas de la frustración.

Ahora los grupos animados por el espíritu evangélico trabajan con más calma, más organización, más visión a largo plazo. La discreción es su consigna. Si se han salvado de quemarse en los primeros momentos de conversión radical, también han superado el peligro de subsumir la comunidad cristiana en un partido político o de idealizar a los grupos de izquierda partidistas o someterse al chantaje de algunos de estos. Estos a su vez parecen comprender lo difícil, y lo insensato de querer comprometer a religiosas y sacerdotes en su partido político. La animación de los grupos cristianos es cada vez más evangélica. Pero se trata de un evangelio que asume a todo el hombre en su concreta situación de trabajo y de vida. Todavía tardará unos años pero este trabajo oculto va a producir nuevas comunidades cristianas, con una teología real-

mente liberadora, con una pertenencia social a sectores interesados en el cambio y cuyo aporte para el cambio social en Venezuela va a ser significativo. Poco a poco el significado del cristianismo va a cambiar para los oprimidos de Venezuela. Este cambio se va dando calladamente en muchas parroquias campesinas y urbanas populares, grupos de trabajo y reflexión, en algunas comunidades religiosas sobre todo femeninas, en sacerdotes diocesanos. Ya no hacen documentos públicos, pero donde hay un caso de atropello allá están presentes junto con una comunidad abierta.

Otra característica de esta vida cristiana es su apertura hacia la sociedad y su acción en los organismos propios de la sociedad. Parece ser que el tiempo de la Acción Católica ha pasado y también el de todo tipo de actividad en organizaciones paralelas de la Iglesia. Ahora la Iglesia, la Asamblea Cristiana, la comunidad de base es para la explícita reflexión evangélica, para expresar su fe, para escuchar la palabra de Dios, para celebrar la Eucaristía. Esa fe, esa palabra, esa celebración están impregnadas de sociedad. La comunidad anima a los asistentes a una acción en la sociedad a través de organismos e instituciones sociales no propias de la Iglesia y en las que se encuentran trabajando junto con todos los hombres (creyentes o no) que viven y enfocan de la misma manera el problema. Sin querer afirmar que hayan perdido el sentido la escuela católica, o la junta católica pro-damnificados hay que advertir que ahora las cosas no van por ahí. Para esta nueva vida cristiana ya pasaron los partidos "cristianos" los sindicatos "cristianos", los grupos "cristianos" promejora del barrio. Ahora los cristianos se encuentran en los sindicatos, en los partidos, en las juntas de barrios, en los comités contra desalojos, en la cooperativa, en la asociación de vecinos, con todos los ciudadanos que padecen el mismo problema y están dispuestos a luchar por resolverlo. En cambio en su comunidad cristiana tratarán de lograr un clima de sincera apertura a la sociedad y a los problemas que oprimen al hombre. En esa comunidad escucharán la palabra de Dios, reflexionarán sobre el significado de la liberación que nos anuncia Jesús hoy en Venezuela. El templo no es evasión de la vida, sino el encuentro de una comunidad con todos los problemas que deshumanizan al hombre. Sin duda hombres como Arístides Calvani tuvieron muy presente la "Populorum Progressio" al enfocar la política exterior de Venezuela, desde una plataforma no eclesial: acertada orientación que con pocas variantes ha proseguido con más posibilidades coyunturales el gobierno actual.

Pero esta vida esperanzada no es exclusiva de algunos cristianos laicos, religiosos y sacerdotes. Con sus variantes hay personas del episcopado que cada vez van más en la línea de la lucha por la justicia social. En la mayoría de los casos un profundo sentido cristiano suple un vacío

teórico y teológico: la teología de hace veinte o treinta años no los preparó para el dinamismo de la vida cristiana hoy. Hombres como Monseñor Salas obispo de Calabozo que desde hace muchos años viven la identificación más decidida con los problemas de los campesinos y de los más necesitados de la región. Su gran sentido evangélico le da una orientación a todo el trabajo y a la animación que ejerce en toda la diócesis de Calabozo que bien quisiéramos para otros profesionales y políticos. Hay diócesis como la de Barquisimeto o Cumaná donde los pastores se han destacado por la receptividad, por la apertura a la búsqueda, por el respaldo a los hombres que trabajan en situaciones de más riesgo.

Pero también en la toma de posiciones públicas, en la elaboración de documentos en estos últimos años se dan casos notables como los de Mons. Maradei en Barcelona, Mons. Márquez en San Felipe. Han sido muy iluminadores y pertinentes los artículos, declaraciones de prensa, de Mons. Ovidio que expresan como Secretario de la Conferencia Episcopal un pensamiento más avanzado y maduro que el de muchos políticos. Y no estamos haciendo una lista exhaustiva.

Todavía hay mucho malentendido e incluso heridas de tiempos de contestación. Dudoso enfoque del reclutamiento y orientación de los seminaristas, falta de puesta al día de muchos católicos que en años anteriores tuvieron participación más activa en las organizaciones de la Iglesia. Incluso hay una enorme capacidad de reacción en no pocos de ellos. Pero cada vez avanza más la conciencia de que el Evangelio no pide a la Iglesia un pacto con el poder, una negociación con el Estado, una identificación con el partido que desde el gobierno pueda otorgar privilegios. La misión de la Iglesia es la identificación con el pueblo. Desde ahí, y sin alentar clericalismos, debe acompañarlo en sus luchas, en sus esperanzas y en ese camino muy largo hacer presente la luz de Jesús, el Hijo de Dios, que se enfrentó y derrotó a los ídolos que oprimen al hombre.

La Iglesia venezolana justamente en el momento en que ha recibido el reconocimiento oficial, y se le ofrece el privilegio y la protección va tomando conciencia de que su misión no es la legitimación del orden existente que oprime a las mayorías.

Las cosas nunca son blanco o negro. Vivimos en una Iglesia muy heterogénea. Sin embargo, aunque hoy se le halaga más que en 1967 está más madura para no sucumbir al halago, para luchar por la libertad evangélica. La reflexión interna va avanzando. Las propias conferencias episcopales han ganado en preparación realismo y dinamismo. Echamos de menos la presencia más activa de laicos adultos postconciliares que al entrar a la Iglesia se quiten el sombrero pero no la cabeza, como diría Chesterton. Pero esto habrá que dejarlo para otro artículo. ○